

ganar á la Silla Apostólica, ó mas claramente, despues de sorprenderla con promesas que estuvieron muy distantes de ser cumplidas.

Sin el benéfico influjo de los misioneros, yermo habria quedado el territorio, la raza que lo poblaba habria desaparecido. Aducir autoridades en comprobacion de esta verdad, seria lo mismo que presentar aquí íntegra la bibliografía mexicana. Cualquiera, por medianamente instruido que esté en la antigua historia de México, recordará con repugnancia los crímenes á que nos hemos referido, y tambien elevará un himno de gratitud á los apóstoles del cristianismo. Los piadosos, como ha dicho uno de nuestros primeros escritores,¹ verán en ellos unos varones apostólicos que desprendidos de todo interes humano, sin pretender premio, ni remuneracion alguna en la tierra, aspirando solo á la corona de gloria prometida á los que vencieren en la lucha que ellos acometieron, consagraron todas sus fatigas, á costa de trabajos y privaciones increíbles, al beneficio de las almas, estableciendo entre los indios la religion por cuyo celo se empleaban en tan laborioso ministerio; los que atienden más á los intereses mundanos y que quieren hacer de la humanidad una causa diversa de la de la religion, no podrán menos de admirar en estos hombres, los protectores de los oprimidos, los defensores de los indios, la única barrera que los preservó de la tiranía y los libró de la ruina.

Pero es tiempo ya de abandonar estas consideraciones generales para narrar el periodo histórico que aun tenemos que recorrer en esta introduccion.

Cortés como todo hombre superior queria dominarlo todo y sabia emplear los medios que para lograr esa dominacion estaban á su alcance. Así, aunque primero dispuso dar al país una organizacion eclesiástica, pidiendo en union de los consejos establecidos en las villas fundadas, que se proveyesen obispos y otros prelados, reflexionando acaso que no le convenian autoridades superiores, en ramo alguno, escribió al emperador Carlos V que le parecia ya, mirándolo bien, que se debía mandar proveer de otra manera² fundando la variacion de sus ideas en el estado de las costumbres del alto clero español en aquella época. El emperador accedió á aquella indicacion, aunque, como se verá, tuvo mas tarde que volverse á la primitiva idea, en razon al aumento de la poblacion española.

Ya hemos visto que Fr. Bartolomé de Olmedo y el clérigo Lic. Juan Diaz, fueron los sacerdotes primeros que pisaron el suelo mexicano. El primero se dedicó á la conversion de los indios, de los que bautizó muchos, y al servicio de los hospitales, hasta su muerte que acaeció en México durante la ausencia de Cortés que habia marchado á la expedicion de las Hibueras. En sus funerales, que fueron celebrados con la pompa que aquellos tiempos permitian, los indios hicieron grandes demostraciones de dolor por la perdida de su benéfico apóstol.

En cuanto al segundo, el Lic. Diaz, fué muerto por los indígenas de Quechula, cerca de Tepeaca (Puebla) por haber roto sus ídolos. El encomendero de aquel pueblo, Pedro de Villanueva, castigó aquella muerte quemando á los culpables.³

Aunque Torquemada, historiador inapreciable de la época á que venimos contrayéndonos, y al que tiene forzosamente que recurrir cualquiera que desee conocer en todos sus detalles la historia de la propagacion del Evangelio en México; aunque Torquemada, decimos, asegura que al llegar en 1524 los primeros franciscanos no habia iglesia fundada,⁴ está comprobado ya por el libro de cabildos del Ayuntamiento, que en esa fecha ya habia una parroquia de que era cura el P. Pedro de Villagran. Ademas, por el mismo libro consta que en Agosto del propio año de 1524 estaba ya fundado el hospital de Jesus, el cual tenia su templo.⁵

1 Alaman, *Disertaciones*, tom. 2º pág. 195.

2 Cortés, *Carta IV*.

3 Lorenzana, *Introduccion á los concilios mexicanos*.

4 Torquemada, *Monarquía indiana*, lib. V. cap. XVI.

5 Alaman, *Disertaciones* tomo 2º pág. 133.

La primera parroquia probablemente estuvo situada en la plaza principal, dentro del templo de Huitzilopochtli.

El Sr. Alaman, en el lugar citado, hace notar esa inexactitud en las noticias de Torquemada, aunque podria explicarse el aserto de este último con lo que vamos á exponer.

Los tres franciscanos, Fr. Juan Tecto, Fr. Juan de Aaora y el lego Fr. Pedro de Gante, llegaron á México en 1522, ó al año siguiente como el mismo Sr. Alaman dice en la disertacion varias veces citada, y ellos fueron, á no dudarlo, los primeros misioneros aquí venidos, despues de divulgada la noticia de la conquista, en el viejo mundo. No es pues de extrañar, principalmente si se fija en 1522 el año de su llegada, que no se hubiese aún establecido entónces la primera iglesia parroquial, como asienta Torquemada.

Como quiera que sea, hemos llegado á la época mas gloriosa de la predicacion del Evangelio en México, en la que no solo se propagó la nueva religion, sino tambien las letras y las artes.

Aquellos tres franciscanos eran flamencos. El P. Tecto habia enseñado teología durante catorce años en la Universidad de Paris, y renunció las comodidades é influjo que gozaba en la Corte de España como confesor del Rey, por venir á México á predicar el cristianismo. Llegado aquí fué empleado por Cortés en redactar las *Ordenanzas*¹ que dió ese conquistador, y en otros cargos de confianza. Al marchar Cortés á la expedicion de las Hibueras llevó al P. Tecto, y falleció de hambre este ilustrado y benéfico sacerdote al pié de un árbol.

Fr. Juan de Aaora no tuvo ocasion de ejercitar su piadoso celo, pues á poco de haber llegado murió en Texcoco.

Fr. Pedro de Gante quedó el único, de aquella trinidad apostólica. Hablar de todo lo que los indios le debieron, enumerar sus servicios, seria lo mismo que interrumpir nuestra narracion para sustituirla con un panegírico ó apología, que por entusiasta que fuese, todavia apareceria débil y mezquina. Ya en otro lugar hemos dicho que cualquiera que pretenda iniciarse en el conocimiento de los orígenes de la civilizacion mexicana, posterior á la conquista, necesariamente tiene que seguir paso á paso la vida de este célebre franciscano, á quien se debe la fundacion de la primera escuela ó seminario de la Nueva España, en que se enseñaba, como ha dicho un historiador, todo linage de artes y oficios, y que Gante edificó y gobernó por muchos años, poniendo en ella talleres para sastres, carpinteros y herreros; escuela en que se enseñaba á leer y escribir, y donde se formaron los primeros pintores mexicanos.² Aunque tarde, al fin la memoria del mas notable de los apóstoles del cristianismo en México, ha sido honrada en nuestros días, y la efigie de Fr. Pedro de Gante se ostenta en uno de los mejores monumentos que posee la capital de la República.

Fr. Pedro de Gante solo, no podia realizar la conversion y la ilustracion de los indios. Véamos, pues, quiénes le siguieron, en qué fecha, y de qué manera se consagraron á su mision.

Uno de los sucesos mas notables acaecidos en la época colonial fué la llegada de los doce misioneros franciscanos, que, como los doce apóstoles del Evangelio, fueron las primeras columnas de la nueva Iglesia.

Fr. Francisco de los Angeles, de apellido Quiñones, hermano del célebre conde de Luna, fué quien con las facultades que le daba su carácter de segundo general de su Orden, no pudiendo por sí mismo pasar á México, nombró á Fr. Martín Valencia, provincial entónces de San Gabriel, para que viniese á predicar el Evangelio en union de Fr. Francisco de Soto, Fr. Martín y Fr. José de la Coruña,³ Fr. Juan Juarez, Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo, Fr.

1 Estas ordenanzas figuran en el apéndice segundo de "Documentos raros ó inéditos relativos á la Historia de México," puesto por el Sr. Alaman en el tomo primero de sus *Disertaciones*.

2 *El monumento de Colon*. Estudio artístico, histórico y biográfico.

3 Este sacerdote fué nombrado, pero no llegó á venir en esta expedicion, á causa de haberse detenido en la corte por asuntos de la mision á que pertenecia.

Toribio de Benavente, Fr. García de Cisneros, Fr. Luis de Fuensalida, Fr. Juan de Rivas y Fr. Francisco Jimenez, sacerdotes, y los legos Fr. Andrés de Córdoba y Fr. Juan de Palos.¹ Reunidos en el convento de Belvis se dirigieron á Sevilla y embarcándose en San Lúcar de Barrameda el día 25 de Enero de 1524, llegaron á San Juan de Ulúa el 13 de Mayo del mismo año.

En la recepcion hecha á estos sacerdotes, habia algo mas que la natural curiosidad de los pueblos por donde pasaban. Parecia así como que una voz interior decia á los pobres indios que aquellos hombres humildes en su traje, habian de ser los redentores de la raza esclavizada. ¡Qué contraste, entre los religiosos franciscanos y los conquistadores! Estos, henchidos de orgullo por haber sojuzgado á un gran pueblo, ébrios en su triunfo, insaciables en su codicia, solo se ocupaban en extender mas y mas su poder, y en atesorar riquezas; aquellos no venian pidiendo oro, ni convirtiendo en béstias de carga á los indígenas: eran modestos y sencillos: se conformaban con el alimento del indio, se albergaban en sus chozas y no tenian por lecho mas que la dura tierra. ¡Con razon parecian seres sobrenaturales, y los pueblos en su ignorancia llegaron á tomarlos por dementes, porque no podian entender las señas con que pretendian decir cuál era su mision, y con razon tambien, luego que los hubieron conocido, les amaron y reverenciaron tanto!

Cortés, cuyas grandes dotes políticas no pueden ménos que ser reconocidas, comprendió al llegar los franciscanos que ellos habian de ser los verdaderos conquistadores, y salió á recibirlos en union del feroz Pedro de Alvarado y otros capitanes, de los principales vecinos y de los caciques. Al acercarse los misioneros, que solo traian cruces de madera en las manos, Cortés y su comitiva se arrodillaron, besaron las manos de los sacerdotes con el mayor respeto, y los condujeron al alojamiento que les tenian prevenido. Cortés aprovechó esta oportunidad para predicar una vez más.²

Fácil es graduar cuál no seria el asombro de los indios al ver á aquellos hombres humildes recibiendo homenajes de los que en su orgullo se creian dueños no solo de la tierra sino de la vida de los naturales.

Que no era el espíritu religioso del conquistador el que le movia á hacer aquellas demostraciones de reverencia, sino miras políticas, se descubre recorriendo las páginas de la historia de aquellos tiempos. Cuando Cortés y los suyos vieron en los franciscanos á los defensores de los indios; cuando palparon que no venian á prestarse de instrumentos para consumir la esclavitud de aquellos desgraciados, sino á evitar su desaparicion y á reivindicar sus ultrajados derechos, entónces llegaron los españoles á pretender asesinar á aquellos mismos sacerdotes poco ántes recibidos de la manera ya dicha.³

El primer convento de franciscanos estuvo situado en la calle de Santa Teresa, segun las rectificaciones á Torquemada, hechas por el Sr. Alaman en sus *Disertaciones* tantas veces citadas⁴, y en él permanecieron once meses, mientras se construyó el nuevo monasterio que dió nombre á varias de las principales calles de México.

Fr. Martin Valencia, el prelado de la Orden, presentó sus bulas en el cabildo del día 9 de Marzo de 1525, y el Ayuntamiento acordó que fuesen obedecidos aquellos mandatos de Su Santidad; pero no pasaron mas que algunos meses, cuando se les restringieron las facultades en virtud de no tener órden sino simple recomendacion real para ejercerlas.

Reunidos con los cinco que anteriormente habian llegado, los franciscanos celebraron capítulo, reeligieron por prelado á Fr. Martin Valencia, y acordaron distribuirse en cuatro secciones, permaneciendo una de ellas en la capital con Fr. Martin, y trasladándose las otras á Texcoco, Tlaxcala y Huejocingo, poblaciones entónces las mas importantes del país conquistado, para comenzar sus apostólicas tareas.

Si el temor de parecer prolijos no nos obligara á suprimir detalles que, aunque intere-

¹ Torquemada, *Monarquía indiana*.

² Torquemada, *op. cit.*

³ Motolinia, pág. 168 y 169.

⁴ Alaman, *Disertaciones*, tom. 2º páginas 141 á 145.

santes, extenderían demasiado esta introduccion, consagrariamos algunas páginas á narrar los servicios de cada uno de los misioneros; pero ya que no podemos hacerlo sin traspasar los límites que nos hemos impuesto, habremos de conformarnos con dar las noticias mas indispensables á nuestro intento.

Establecidos en los lugares nombrados, procedieron á la construccion de los conventos, los cuales fueron levantados por los indios, sin costo alguno; trabajando los pueblos por turno, y facilitando ellos mismos los materiales necesarios. Al lado de los conventos, fabricáronse otros edificios á manera de colegios, con salas espaciosas para las cátedras ó escuelas, y ordenaron á los naturales que llevasen á sus hijos para enseñarles la nueva religion. Los indios no querian desprenderse de sus hijos ni dejar de acatar la voluntad de los misioneros, y usaron de un arbitrio que contribuyó no poco á la emancipacion de las clases pobres. Veamos por qué. Los nobles aztecas, como todos los gremios á que se rinde vasallaje, ejercian una tiranía tan odiosa como la de los mismos conquistadores, pues ya hemos visto que cuando los grandes señores morian, eran sacrificados sus esclavos.¹ Pues bien, esos nobles hicieron que sus criados y vasallos llevasen á sus hijos á los conventos, en vez de los suyos propios, y de aquí se originó que los plebeyos fueron los que se instruyeron y por consiguiente los que llegaron á gobernar los pueblos. Y hé aquí cómo, desde los orígenes de la civilizacion mexicana hasta nuestros dias, aunque por diversas causas, segun el carácter de cada época, las clases llamadas inferiores han sido las mas ilustradas!

Recojidos los niños indígenas en número de seiscientos á mil en cada convento, y puestos al cuidado de ancianos de su propia raza, que los alimentaban y vestian con lo que sus mismas madres llevaban al efecto, dedicáronse los franciscanos á enseñarles las primeras oraciones cristianas, procurando ejercitar su memoria por medio de pinturas hechas al efecto. Mas no tardaron los misioneros en reconocer las dificultades é insuficiencia de aquel procedimiento. Entónces se consagraron á aprender los idiomas del país con una constancia y dedicacion tales, que en seis meses llegaron no solo á comprender sino á hablar los mas de ellos, valiéndose de los mismos niños á quienes iban á instruir, y empleando medios á cual mas ingenioso.² El Sr. Alaman, refiriéndose á este punto, dice lo siguiente que no podemos dejar de reproducir. "Uno de los mas hermosos esfuerzos que ha hecho jamás el espíritu religioso, ha sido sin duda este laborioso trabajo de los misioneros españoles para aprender las lenguas de América. A él se debió el que se redujesen éstas á principios gramaticales y se formasen diccionarios de todas y esto por diversos misioneros, quienes tambien compusieron en ellas catecismos y obras de devocion, que puestos en las manos de los neófitos facilitaron mucho su instruccion, con cuyo fin se dedicaron asimismo á enseñarles á leer, en lo que se distinguió Fr. Pedro de Gante, quien tuvo escuela en Tezcucuo, la primera que hubo en todo el continente de la América, en la que se enseñaba á leer y escribir á los hijos de los indios nobles de aquella ciudad, en cuyo ejercicio continuó en México, en donde fundó la capilla de San José, despues parroquia de este nombre, la primera que hubo para la administracion de los indios; el colegio de San Juan de Létran, que no fué en su principio mas que escuela para enseñar á leer y escribir y latinidad, y el colegio de las niñas, para la educacion de jóvenes indias nobles: todo esto en las inmediaciones de San Francisco, porque todo estaba al cuidado de los religiosos. Con estos trabajos en las lenguas del país, que despues aumentaron y perfeccionaron los jesuitas, no as-

¹ Torquemada, *op. cit.* lib. 12 cap. 46, ya citado en la pág. IV.

² Torquemada, *op. cit.* libro 15 cap. 14 y 18.—Para no multiplicar indefinidamente las citaciones de este autor, á quien el Sr. Alaman llamó el Tito Livio de la Nueva España, y á quien es indispensable seguir, tratándose de la materia que nos ocupa; una vez que hemos apoyado en su testimonio las mas importantes aseveraciones contenidas en esta introduccion, las omitiremos en adelante, remitiendo desde ahora al lector á los escritos de ese autor, en los que hallará cuantos pormenores apetezca acerca del establecimiento del cristianismo en México. Tambien puede ocurrirse á la obra de Motolinia, publicada por el Sr. García Icazbalceta en su importante "Coleccion de documentos para la Historia de México;" y por último quien desee iniciarse al ménos en el conocimiento de ese periodo histórico y de las labores apostólicas, sin emprender el estudio de las extensas obras citadas, encontrará condensada hábilmente materia de suyo tan vasta, en la octava de las *Disertaciones* del Sr. Alaman, tomo 2º páginas 127 á 162, ó en la *Memoria sobre los indios*, debida á la pluma del Sr. Pimentel, ambos escritores modernos, y de merecida reputacion literaria, dentro y fuera del país.

piraban los misioneros al renombre de filólogos, ni tenían otra mira ni otro espíritu que procurarse medios para propagar la religión, siendo la caridad cristiana el único móvil de tan vastas empresas.¹

Cuando los misioneros se consideraron instruidos en las lenguas del país, al ménos lo bastante para entender y ser entendidos, entónces comenzaron sus tareas apostólicas y se dividieron en varias secciones para ir á predicar la religión, y mas todavía, á enseñar artes y oficios por todos los pueblos, no sin haber ántes reunídose en junta á que impropriadamente se ha dado el nombre de primer Concilio mexicano. Concurrieron á ella diez y nueve religiosos, cinco clérigos y algunos letrados. Asistió Cortés, y fué presidida por Fr. Martín Valencia.

En esta junta que se celebró á fines de 1524 y principios de 1525, se estableció la manera de administrar los sacramentos, encontrando mayores dificultades en el del matrimonio, á causa de la poligamia tan arraigada entre los indios. Este punto quedó indeciso hasta que el Papa Paulo III declaró que se considerase legítima la primera mujer y en caso de no poderse averiguar, al bautizarse el indio debía quedarse con la que eligiese. En cuanto al bautismo, se acordó que volviesen á recibirlo en debida forma los que así no lo hubieren alcanzado, y también se dispuso confirmarlos.

Con respecto á la comunión, bien sabido es que no se les dió hasta que el citado Papa Paulo III los declaró racionales á instancias del obispo de Tlaxcala Fr. Julian Garcés.

Al primer grupo de franciscanos siguió otro, aunque ménos numeroso. Componíase de Fr. Antonio Maldonado, Fr. Antonio Ortiz, Fr. Alonso de Herrera y Fr. Diego Almazte, que tomaron parte en la *Junta apostólica* de que acabamos de hablar, y tras de ellos fueron llegando sucesivamente otros que fueron no ménos celosos en el desempeño de su ministerio.

Los dominicos llegaron á México el 23 de Junio de 1526, en número de doce, como los franciscanos, y fueron: Fr. Tomás Ortiz, Fr. Vicente de Santa Ana, Fr. Diego Sotomayor, Fr. Pedro Santa María, Fr. Justo de Santo Domingo, Fr. Pedro Zambrano, Fr. Gonzalo Lucero, Fr. Bartolomé de Calzadilla ó Salcedilla, segun otros, Fr. Domingo de Betanzos, Fr. Diego Ramirez, Fr. Alonso de las Vírgenes, y Fr. Vicente de las Casas. Hospedáronse en el convento de San Francisco hasta que tuvieron convento propio. A poco fallecieron cinco religiosos, y Fr. Tomás Ortiz el prelado, con otros tres, volvióse á España, quedando Fr. Domingo de Betanzos, célebre en nuestra historia, y dos mas, Lucero y Las Casas.

Más tarde fueron introduciéndose las demas órdenes religiosas en el país; pero no es este el lugar en que de ello debe darse razón, puesto que no intentamos otra cosa sino dar una idea del estado que guardaba el cristianismo hasta la llegada del Ilmo. Sr. Zumárraga, primer obispo y despues arzobispo de México. Refiriéndonos ahora á los trabajos de los misioneros, debemos decir que no solo fueron apóstoles, maestros y protectores de los indios, sino que impidieron muchas veces que los españoles, divididos en bandos á la sazón, viniesen á las manos², y libraron á estos mismos de las rebeliones intentadas por los naturales contra ellos.

1 Para formarse una idea aproximada de la importancia y utilidad de los estudios filológicos de los misioneros, aun considerándolos únicamente bajo el punto de vista científico, es preciso recordar el desarrollo que la lingüística ha alcanzado en los últimos tiempos, la luz que han derramado las comparaciones de los idiomas de pueblos distintos entre sí, para indagar su origen, y los resultados espléndidos alcanzados por ese medio. El Sr. García Icazbalceta publicó en 1866 un libro importante con el modesto título de "Apuntes para un catálogo de las lenguas indígenas de América," en el que se registran 175 artículos ó párrafos, y en cada uno de ellos se dá noticia de la obra ú obras de los escritores en aquellas lenguas. El libro del Sr. García Icazbalceta, presenta de bulto, por decirlo así, la magnitud de los estudios filológicos de los misioneros. Pero aun hay mas todavía. Donde se palpan los resultados científicos de aquellos estudios, es en los tres tomos de la obra intitulada "Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México, ó tratado de filología mexicana, por Francisco Pimentel," (1874—1875.) Sin los vocabularios, gramáticas, catecismos y diccionarios debidos á los misioneros, no habria podido llevarse á cabo un estudio como ese, que ha merecido la aprobacion y los premios de las sociedades sábias de Europa y América. ¡Despues de mas de trescientos años, los hombres ilustrados del mundo, los apóstoles del siglo XIX, es decir, los cultivadores de la ciencia, cualquiera que sea su opinion religiosa, tributan merecido homenaje á los propagadores de la religión cristiana en el Nuevo Mundo!

2 Motolinia, op. cit. pág. 143.

Los conventos fueron con frecuencia el asilo de los indios perseguidos por los conquistadores, cuya codicia y saña aún no estaban saciadas. Los dominicos fueron los primeros en levantar el grito contra los encomenderos, y ellos lograron que la ley declarase á los indios exentos del servicio personal¹ y los franciscanos los agentes de la corona para indicar á los naturales esclavizados que debían pedir su libertad.²

Fundaron los primeros hospitales de la Nueva España, las escuelas y los colegios, y mientras que los españoles ocultábanse de los indios para que no aprendiesen las artes y oficios lucrativos, los misioneros se las enseñaban; hasta el punto de que un lego franciscano, Fr. Daniel, fué maestro de bordado, y otro sacerdote, Fr. Juan Caro, les enseñó la música, y ya hemos dicho ántes lo que Fr. Pedro de Gante hacia.

Y como si eso no bastase, los misioneros trazaban los templos y casas que debían construirse, y adiestraban á los indios en la cantería y albañilería, debiéndoseles muchos de los edificios que aun hoy existen; llegando la habilidad de algunos á tal grado, que emprendían obras magnas como la construcción del acueducto de Otumba³ dirigida por el P. Tembleque, y vemos á Fr. Manuel Cabrera entendiendo en las obras del desagüe de Huehuetoca.

No se limitaban, pues, los misioneros á propagar una nueva fé, sacrificando por ella su propia vida muchas veces, sino que hacían partícipes á los mexicanos de todos los bienes que proporcionaba la civilización del viejo mundo.

Una obra seria necesaria, y obra extensa por cierto, para seguir paso á paso á esos héroes, cuya historia es un poema, pero poema en que la realidad hace las veces de ficción; un poema en que los héroes se presentan revestidos de una naturaleza excepcional y animados de un espíritu angélico.⁴

Con razón un distinguido escritor contemporáneo, despues de abrazar en un cuadro sumario la historia de la llegada de los misioneros y su benéfico influjo, exclama: "Considérese los grandes esfuerzos, los muchos trabajos, la paciencia, la abnegación que todo esto ha requerido, y bendiciremos la memoria de los misioneros castellanos: ¡no les era dado hacer mas! Centenares de ellos dieron su vida en el cumplimiento de su ministerio, muchos fueron asesinados por los indios en diversas partes del país, y en tales casos sus humildes lábios no sabían proferir sino bendiciones en favor de sus asesinos. ¿Quiénes sino hombres de esa especie podían borrar de la memoria de los indios, tanto desastre, tanta sangre derramada? ¿Quiénes sino ellos les pudieron enseñar á perdonar tanta injuria, á amar á sus enemigos, á pedir á Dios por sus tiranos y á resignarse á su triste suerte? Si la conquista fué un bien, ese bien se debe á los misioneros, á sus dulces palabras, á sus acertados consejos y á sus generosas máximas, mucho mas que á la espada homicida del guerrero y al arrojó feroz del soldado."⁵

Durante los primeros cinco años de la predicación del Evangelio, los progresos del cris-

1 Herrera, *Décadas*, 1. lib. 9 cap. 14.

2 Torquemada, *Monarquía indiana*, lib. 17 cap. 19.

3 Para que el lector conceda al P. Tembleque la gloria que por legítimo derecho le corresponde, copiaremos el pasaje en que Betancourt en su obra ya citada describe ese acueducto. "Condolido el V. P. Fr. Francisco Tembleque, dice, de que tanto número de gentes como las poblaciones de Otumba y Zempoala, que en aquel tiempo eran crecidas, careciesen del agua necesaria por causa de que si en su gentilidad en unos jagüeyes rebalsaban la llovediza teniendo la necesaria, despues los ganados de los españoles se la bebían, y les obligaban á los naturales á traerla de nueve leguas; determinó el traerla por barrancas y cerros en atargea de cal y canto, y aunque tuvo así de seculares como de religiosos contradicciones, emprendió la obra y en tres barrancas hizo tres puentes de arcos: la primera de cuarenta y seis arcos; la segunda de trece, y la última, donde echó el resto, de un arco de cuarenta y dos varas y dos tercias de alto, y de ancho veinte y tres varas y una tercia, que á los que lo veían causó asombro, que si fuera paso podia por debajo de él pasar un navío de porte á vela tendida: de este arco en que gastaron cinco años en hacerlo, van despues disminuyendo sesenta y siete arcos colaterales conforme vá subiendo la barranca hasta que vuelven á coger el plan de la atargea." "Lo que es digno de ponderarse, continúa Betancourt, es el ingenio con que la hizo tan perfecta, sin haber aprendido el arte para tan insigne obra, la perseverancia que tuvo en diez y siete años que gastó en hacerla, y la fortaleza con que ha perseverado en mas de ciento y cuarenta años, sin que se haya descantillado una piedra, y sin que le haya nacido una yerba en distancia de quince leguas que corre la atargea por los rodeos que hace, sin haber faltado agua en tantos años."

4 Ramirez Aparicio, *Los conventos suprimidos*, pág. 60.

5 Pimentel, *Memoria sobre los indios*, parte 2ª pág. 118 y 119.